
LA PSICOLOGÍA COMO UN EJERCICIO MORAL

ADRIÁN MEDINA LIBERTY

La moral es la espina dorsal de los imbéciles.
Francisco Picabia

Aunque la sentencia de Picabia parezca un tanto excesiva, sin duda una diatriba contra el disimulo de la sociedad francesa del siglo XIX, exhibe el carácter convencional de la moral, esto es, cuando Picabia identifica la carencia de inteligencia con el sometimiento a la moral, la idea implícita es que la adopción de reglas morales es un asunto de elección. En efecto, desde los inicios de la civilización, la humanidad se ha tenido que esforzar por instituir los perímetros entre lo permisible y lo punible, lo deseable y lo vedado. El ser humano es una expresión de la naturaleza pero la trasciende, no sólo al transformarla en su beneficio —y, con frecuencia, en su perjuicio— sino al imponerle un orden artificial, la sociedad, cuyo propósito es administrar la acción humana. La ética y la moral son ingénnitas de este orden. Con la excepción de nuestra especie, el resto, aunque posea una enorme capacidad de aprendizaje, se somete, con desiguales niveles de acatamiento, a un ordenamiento instintivo o biológico.

Como a todas las especies, la naturaleza nos determina pero la resistimos, la interpelamos y la transformamos en formas diversas; nuestra especie no es homogénea, ni estable, ni inmutable, sino diversa, múltiple y en constante proceso de cambio. El orden ético-moral no es una mera extensión del orden natural sino que, con frecuencia, se le opone; existe una tensión entre ellos. Freud, justamente, supo explorar con su modelo psíquico esta tensión al proponer que el *ello*, instancia que refiere a nuestros impulsos básicos, y el *superyo*, la formación social, ética y moral, mantienen un constante conflicto que el *yo*, instancia mediadora, trata de terciar y resolver. La postura freudiana constituye uno de los primeros intentos sistemáticos, dentro del marco de las ciencias humanas y, más específicamente de la psicología, por entender —y tratar de conciliar— las relaciones entre nuestras urgencias más básicas y los apremios y contenciones culturales. Ningún otro autor ha logrado el impacto de Freud; su

Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México. /amedina@servidor.unam.mx
Última colaboración en *Ludus Vitalis*: “El manejo de los instrumentos entre primates. ¿Conducta social o rasgo cultural?”, vol. X, num. 18, 2002, pp. 53-75.

Ludus Vitalis, vol. XIV, num. 25, 2006, pp. 251-254.

pensamiento se filtró en abundantes áreas: la literatura, el cine, el teatro, la enseñanza e, incluso, en las ideas cotidianas. ¿Qué tanto contribuyó Freud al entendimiento de nuestros valores morales? Aún más, ¿qué tanto su propia práctica se desarrolló dentro de los parámetros ético-morales de la Viena decimonónica o qué tanto sus ideas ayudaron para el desarrollo de una moral más progresista? Sin duda, esta es una interrogante espinosa, cuyos contornos carecen de la nitidez necesaria para un análisis desapasionado; los propios criterios para intentar responderla son tan volátiles —y debatibles— como la consideración de la propia moral o la ética.

En la actualidad, la Asociación Psicológica Americana, la agrupación psicológica más grande e influyente del mundo, incluye más de cincuenta subdivisiones o especialidades que van desde tópicos neurológicos hasta problemas de género, homosexualidad, actitudes, adicciones, liderazgo, percepción, aprendizaje, opinión pública y trastornos de la personalidad, por mencionar sólo un magro ejemplo de una extensa lista temática. ¿Cómo podrían evaluarse las posibilidades del trabajo psicológico cuando los campos de aplicación son tan disímiles y numerosos? Una respuesta la encontramos en la manera como se han organizado las áreas de especialización en las universidades. *Grosso modo*, se podrían mencionar cinco grandes campos de profesionalización: el clínico, que atiende los problemas y desajustes de personalidad; el educativo, relativo a los procesos de enseñanza-aprendizaje; el social, que refiere al comportamiento colectivo; el experimental, donde se estudian, en situaciones controladas, los procesos psicológicos, y, finalmente, el laboral, cuyo campo de operación son los procesos de comportamiento involucrados en el quehacer industrial. Sin duda, en cada área se ha desarrollado un trabajo con evidentes beneficios sociales que van desde la terapia individual hasta el comportamiento grupal y comunitario, pasando por la pareja, la familia y los pequeños grupos. Aunque el rango de profesionalización parezca extenso, los logros han sido más bien humildes y de un orden microsocioal; con frecuencia, de hecho, antes que pensar en beneficios sociales, el psicólogo tan sólo persigue la obtención de datos para un mejor entendimiento de su objeto, postergando o, quizá, esperando que sean otros los que reflexionen sobre la “aplicación” de los conocimientos. Ni Piaget ni Skinner, por mencionar a dos autores de indiscutible relevancia, se preocuparon por pensar en las aplicaciones de sus ideas, dicha tarea recayó sobre sus colaboradores o simpatizantes. ¿Es condenable la desatención de los asuntos sociales o es un tema marginal al trabajo científico? Ante la carencia de un programa disciplinar o mejor aún, multidisciplinar, que identifique focos de atención y señale vías de acción, los profesionales simplemente hacen su mejor esfuerzo por desempeñarse adecuadamente pero, globalmente, el ejercicio profesional resulta un tanto anárquico y garantiza sólo

la sobrevivencia del profesional y la satisfacción —aunque no siempre— del paciente o cliente.

En las ciencias sociales, incluida la psicología, por supuesto, existe una identificación entre el sujeto cognoscente y el objeto de estudio que, al ser otro ser humano, muestra facetas del propio sujeto. Aunque en las ciencias naturales el conocimiento también depende de las acciones del propio investigador, el objeto de estudio no se identifica con el sujeto. Esta *identidad epistémica*, llamémosla así, presente en las ciencias humanas, convierte el tema de la moral y el de sus vicisitudes en el ejercicio profesional como algo particularmente resbaladizo porque implica que el proceso de creación de conocimientos no refiere exclusivamente a cuestiones de rigor metodológico, sino también a razones de carácter ético-moral. En otros términos, la indagación científica no puede —nunca ha podido y nunca podrá— desarrollarse en un vacío histórico, social y cultural. El investigador —como sujeto— está también inmerso en la realidad que pretende estudiar; su realidad, su objeto —otro ser humano— es parte de él mismo. ¿Acaso los recursos de la ciencia permiten la total emancipación moral y ética en los investigadores? ¿Deberían evitarse estos tópicos para acceder a la plena objetividad? Más allá del proceso de adquisición de conocimientos y la innovación tecnológica, el trabajo de investigación genera actitudes y formas de pensamiento capaces de influir, primero, en los miembros de la propia comunidad y, segundo, a los sectores de la sociedad donde dicho saber es aplicado.

Aunque las ideas de Freud, de Piaget o de Skinner, por ejemplo, en el ámbito terapéutico, pedagógico o de modificación de la conducta, respectivamente tuvieron —y continúan teniendo— un impacto social evidente en la práctica profesional del psicólogo, resulta complejo mensurar sus efectos a nivel macrosocial o evaluar sus posibilidades en el futuro mediano. ¿Cuáles serían los criterios para semejante ejercicio analítico-evaluativo? ¿Se podrían emplear criterios externos a los enfoques considerados o el trabajo analítico tendría por fuerza que ser interno? Peor aún, ¿cómo ponderar, globalmente considerada, si una disciplina ha contribuido, decisiva o parcialmente, al desarrollo social y moral de una sociedad dada? No existe una respuesta universal o única a esta interrogante que es, especialmente en nuestros tiempos, válida y perentoria. El trabajo científico se encuentra indefectiblemente ligado a y determinado *por* su momento histórico concreto pero, recíprocamente, los productos de éste se vinculan y determinan el desarrollo social.

¿Cuáles podrían ser, en suma, las posibilidades de los psicólogos o, en general, de los científicos sociales para un mejor ejercicio profesional?

En primer lugar, cada disciplina debería discutir y acordar un plan de acción de acuerdo con sus propios objetivos y recursos. Esta tarea exige una adecuada divulgación de los planes programáticos para que cada

experto logre desarrollar una conciencia crítica de su profesión. Un segundo paso debería consistir en la concertación interdisciplinaria, ya que la realidad siempre supera nuestros esfuerzos más denodados por estudiarla, comprenderla y transformarla; el trabajo aislado, circunscrito dentro de patios disciplinares, sólo haría más evidente la indigencia de nuestro esfuerzo y la trivialidad de los resultados. Los congresos, reuniones, simposios y el trabajo docente, entre otros foros, podrían ser un lugar adecuado para solventar estos asuntos en lugar de casi restringirlos sólo a la divulgación de trabajos de investigación. Las propias asociaciones y agrupaciones gremiales deberían incluir una división cuyo propósito ingénito fuese la evaluación de los efectos y beneficios del trabajo profesional.

Quisiera reconocer, para finalizar, que la ciencia nunca podrá modificar los esquemas característicos de una sociedad o elevar su nivel de vida si nos limitamos a introducir en ella nuevos modelos teóricos e innovaciones de orden metodológico. Sin embargo, considero que *la investigación científica y tecnológica debería constituir una respuesta adecuada a las transformaciones fundamentales que se manifiestan en la cultura y en la sociedad*. En el reconocimiento de esta tarea se encuentra la total reivindicación del trabajo científico. Esto último, ni duda cabe, exige del científico una conciencia clara de su tiempo histórico, de los alcances de su disciplina y del reconocimiento de un compromiso explícito respecto al horizonte que avizora.